

PEDRO BAÑOS



EL TAO DE LA GUERRA

LAS ESTRATEGIAS ETERNAS
DEL PODER CHINO

Ariel

PEDRO BAÑOS



EL TAO DE LA GUERRA

LAS ESTRATEGIAS ETERNAS
DEL PODER CHINO

Ariel

Índice

EL TAO DE LA GUERRA

Nota del autor	13
Preámbulo	17
Introducción general.....	23
 1. OBSERVACIONES GENERALES	41
Vigencia en China.....	45
Sun Tzu según Pekín.....	53
<i>La necesaria obediencia al Partido y al mando</i>	54
<i>La imagen proyectada de Xi Jinping.....</i>	61
<i>Mostrar la fuerza, amagar el golpe.....</i>	65
 2. SOBRE LA BATALLA.....	71
Vigencia en China.....	75
Sun Tzu según Pekín.....	80
<i>Política de rearme.....</i>	82
<i>La importancia de las recompensas</i>	87
<i>El Collar de Perlas.....</i>	89
<i>La pugna por los recursos de África e Iberoamérica.....</i>	95
 3. EL PLAN DE ATAQUE.....	101
Vigencia en China.....	105
Sun Tzu según Pekín.....	111
<i>Reinventando la aproximación indirecta.....</i>	112

	<i>La Recuperación de Hong Kong y Macao.....</i>	117
	<i>China como mediadora entre Arabia Saudí e Irán</i>	124
	<i>La unidad del mando político y militar</i>	128
4 .	LA FORMACIÓN.....	133
	Vigencia en China.....	136
	Sun Tzu según Pekín.....	141
	<i>La Gran Muralla virtual</i>	143
	<i>La estrategia de Antiacceso y Denegación de Área</i>	147
5.	LA FUERZA	153
	Vigencia en China.....	157
	Sun Tzu según Pekín.....	160
	<i>El fortalecimiento de China tras la COVID-19.....</i>	161
	<i>Reformas militares de Xi Jinping.....</i>	167
	<i>Pugna por la superioridad energética.....</i>	178
6.	LO VACÍO Y LO LLENO, LO HUECO Y LO SÓLIDO	183
	Vigencia en China.....	187
	Sun Tzu según Pekín.....	192
	<i>Fentanilo, ¿la revancha por el opio?.....</i>	194
	<i>China ante el desgaste de Estados Unidos-OTAN en Ucrania.....</i>	198
	<i>El avance de China en América</i>	201
	<i>Una guerra no declarada en todos los frentes.....</i>	209
7.	LA LUCHA ARMADA	213
	Vigencia en China.....	217
	Sun Tzu según Pekín.....	223
	<i>Amagando el golpe en el mar de la China Meridional.....</i>	225
8.	LOS NUEVE CAMBIOS.....	229
	Vigencia en China.....	232
	Sun Tzu según Pekín.....	234
	<i>Flexible como un junco.....</i>	235
	<i>Pragmatismo en Afganistán.....</i>	237
	<i>La reacción china al bloqueo del canal de Suez</i>	243
9.	EL TRASLADO DE LAS TROPAS	247
	Vigencia en China.....	250
	Sun Tzu según Pekín.....	253
	<i>La Iniciativa de Seguridad Global</i>	254
	<i>La carrera espacial.....</i>	260
10.	LA TOPOGRAFÍA	265
	Vigencia en China.....	267
	Sun Tzu Según Pekín	272

<i>El poder de los mapas</i>	273
<i>La cuidada imagen de Xi Jinping como «Padre de todos los chinos»</i>	277
11 . LAS NUEVE CLASES DE TERRENO	281
Vigencia en China	285
Sun Tzu según Pekín	290
<i>Explotar la dependencia que Estados Unidos tiene del dólar</i>	291
<i>Desplazando a Occidente de África e Iberoamérica</i>	297
12. LA GUERRA OFENSIVA CON FUEGO	305
Vigencia en China	308
Sun Tzu según Pekín	312
<i>Juego de tecnologías</i>	313
<i>China y los BRICS</i>	315
13. EL EMPLEO DE ESPÍAS	321
Vigencia en China	326
Sun Tzu según Pekín	328
<i>Muchas maneras de espiar</i>	329
<i>Espionaje masivo a Occidente</i>	336
<i>Ciudadanos convertidos en espías</i>	342
Conclusiones	347

EL ARTE DE LA GUERRA DE SUN TZU

1. OBSERVACIONES GENERALES	353
2. SOBRE LA BATALLA	356
3. EL PLAN DE ATAQUE	358
4. LA FORMACIÓN	361
5. LA FUERZA	362
6. LO VACÍO Y LO LLENO, LO HUECO Y LO SÓLIDO	364
7. LA LUCHA ARMADA	368
8. LOS NUEVE CAMBIOS	371
9. EL TRASLADO DE LAS TROPAS	373
10. LA TOPOGRAFÍA	378
11. LAS NUEVE CLASES DE TERRENO	381
12. LA GUERRA OFENSIVA CON FUEGO	387
13. EL EMPLEO DE ESPÍAS	389
Relación de acrónimos empleados	393
Bibliografía	395

Introducción general

Mediada la tercera década del siglo XXI, todo indica que ha llegado la hora de China. La historia nos muestra que los imperios recorren su propio ciclo vital, de nacimiento, consolidación y muerte. Así, se suceden unos a otros mediante un proceso que comienza con el surgimiento de nuevas potencias con la capacidad y la voluntad de imponerse a las hasta entonces dominantes. En este marco, se produce el inevitable choque entre las que quieren mantener su poder y las que ansían conquistarlo. Todavía está por ver cómo se va a configurar el tablero geopolítico del siglo en que vivimos. Puede que sea multipolar, bipolar o bien dominado por una única superpotencia hegemónica. Pero, en todo caso, parece obvio que es el momento de China, sea como gran hegemón indiscutible o como potencia dominante en un tablero compuesto por varias superpotencias.

El ascenso de una nueva potencia que obliga a reconfigurar el orden establecido no es un fenómeno nuevo. Desde el surgimiento del Imperio acadio allá por el siglo XXIV a. C. —el más antiguo que registra la historia—, son muchas las naciones dominantes que han surgido y han caído, o incluso desaparecido. Sin embargo, el ascen-

so de China presenta algunas características novedosas que lo hacen fascinante. Si a lo largo de las próximas décadas llega a consolidarse como primera superpotencia mundial, estaremos ante un cambio civilizatorio cuyo alcance todavía no podemos calibrar plenamente.

Desde la Antigüedad, han existido imperios con pretensiones de dominio global, pero realmente de alcance regional o continental, como el persa, el romano, el chino, el islámico, el mongol o el otomano, entre otros. Sin embargo, la situación cambió cuando España, bajo la monarquía de los Habsburgo, se convirtió en el siglo xvi en el primer imperio auténticamente mundial, con territorios en Europa, América, África y Asia, unidos por la expansión sin precedentes de una religión universalista como la católica y por una economía verdaderamente globalizada. A partir de entonces, todos los imperios dominantes han sido europeos y cristianos. A la poderosa monarquía española le sucedió la francesa, y a ésta, la británica. Tras la mutua destrucción de las potencias europeas en las dos guerras mundiales del siglo xx, tomó el relevo Estados Unidos, heredero civilizatorio de la vieja Europa y del poder financiero anglosajón. Aun con la supervivencia y vitalidad de otras grandes civilizaciones, como la islámica, la china o la india, han sido las potencias de matriz europea y cristiana las que han configurado el mundo a lo largo del último medio milenio, trazando la geografía política e imponiendo a buena parte del planeta sus lenguas, sus sistemas legales y, en amplias regiones, incluso la religión. El ascenso de China como la gran superpotencia global, en caso de materializarse, significaría el fin del mundo dominado por Occidente, el cual se encuentra actualmente en franco retroceso demográfico, político y cultural. Por tanto, Occidente, y en concreto Europa y Estados Unidos, se vería transformado y obligado a asumir un papel de subalternidad desconocido desde hace quinientos años.

Por otro lado, la voluntad de erigirse como líder hegemónico de ámbito planetario supone una ambiciosa empresa totalmente inédita en la milenaria historia china. Incluso antes del establecimiento de su primer Estado unificado bajo la dinastía Qin (221-206 a.C.), uno de los pilares de la prosperidad de China ha sido su aislamiento del exterior. En este sentido, no es baladí que la gran obra de ingeniería de la civilización china sea la Gran Muralla, iniciada como un conjunto de sistemas defensivos inconexos contruidos por diferentes reinos a partir del Período de las Primaveras y Otoños (*ca.* 770-476 a.C.), para protegerse de las recurrentes invasiones que padecían por parte de los pueblos bárbaros de las estepas del norte.¹

La percepción del mundo exterior como fuente de amenazas ha sido una constante en la historia china. De hecho, durante los catorce siglos que siguieron a su primera unificación, China se fue fragmentando y uniendo alternativamente, al compás de las invasiones lanzadas por mongoles, manchúes, tibetanos y diversos pueblos túrquicos. En una comprensión muy lúcida sobre el carácter cíclico de la historia, la obra del siglo XIV atribuida a Luo Guanzhong, *El romance de los tres reinos* (*Sānguó Yǎnyì*) —una de las cuatro grandes novelas clásicas de la literatura china—, contiene la máxima ampliamente conocida de que todo lo que permanece unido largo tiempo está condenado a fragmentarse, así como todo lo que lleva largo tiempo dividido está destinado a unirse.

Después de casi cuatro siglos de fragmentación política tras la caída de la dinastía Han, se restauró un Estado unificado bajo la dinastía Sui (581-618 d.C.), prácticamente ininterrumpido hasta la fecha salvo por dos breves períodos en los siglos X y XIII. China basó en buena medida su prosperidad en el fortalecimiento de la Gran

1. Lovell (2006), pp. 25-46.

Muralla como base para su desarrollo interno. Incluso las invasiones de los mongoles (siglo XIII) y los manchúes (siglo XVII) no cuestionaron la unidad del reino. Por el contrario, la gran fortaleza de la civilización china hizo que las nuevas dinastías de origen extranjero —la Yuan y la Qing, respectivamente— abrazaran la cultura local y se reclamaran herederas de la larga tradición imperial china.

De este modo, a partir del siglo VI d. C. se consolidó la idea de que China era el Reino del Medio (*Zhongguo*, 中國, en mandarín). Es decir, el centro del mundo civilizado, rodeado por reinos bárbaros, noción que fue y sigue siendo de gran importancia en la cosmovisión china.² Este concepto nació en la llanura del río Amarillo —cuna de la etnia han, que daría lugar a la civilización china—, siglos antes de la creación del primer reino unificado, extendiéndose posteriormente al resto del territorio. A partir de su unificación definitiva, China se consolidó como un gran poder político, cultural y económico, y difundió su cultura a los países de su entorno como Japón y los reinos del sudeste asiático. Sus enormes riquezas y su supuesta opulencia generaron verdaderas leyendas en el mundo mediterráneo desde la Antigüedad clásica.

El mundo romano atisbaba las riquezas del mundo chino gracias a la seda que obtenían del comercio con el sur de India. Pero no fue hasta el primer contacto directo, fruto de la visita de unos comerciantes romanos a la corte china de la dinastía Han, a mediados del siglo II d. C., cuando se acrecentó el interés mutuo.³ A partir de entonces, se fueron configurando las rutas de la seda que conectaron durante milenio y medio el mundo chino con Europa a través del Asia Central, enlazando a lo largo del camino a gentes y culturas —europeos, árabes, persas,

2. Jacques (2012), pp. 294-341.

3. Tobalina (2024), pp. 239-243.

mongoles, túrquicos, indios, chinos, etc.— que alternaban el conflicto y el comercio. El gran peligro que se cernía sobre la ruta eran el auge de los otomanos, quienes amenazaban tanto a los europeos en el oeste como a los Estados herederos del gran Imperio mongol en el este. La búsqueda de una alianza con uno de estos herederos, el Imperio timúrida del mítico Tamerlán, fue uno de los motivos por el que el rey Juan III de Castilla envió a la corte de Samarcanda a Ruy González de Clavijo en 1403, protagonista de una de las grandes embajadas europeas de la Edad Media. La caída de Constantinopla en manos de los otomanos, en 1453, bloqueó el acceso a la ruta para los europeos, ya que exigían unos aranceles de paso inasumibles. Así, castellanos y portugueses buscaron rutas alternativas para volver a comerciar con el opulento mundo del Lejano Oriente. No olvidemos, por ejemplo, que éste era el objetivo anunciado por Cristóbal Colón al echarse a la mar en 1492, así como el de Vasco da Gama, quien llegó a India en 1498. El propósito, en todo caso, era llegar a Asia, a la que se presumían grandes riquezas.

Inventiones como la imprenta, el papel o la pólvora, siglos antes de que aparecieran en el mundo cristiano o el islámico, son los ejemplos más conocidos del gran avance tecnológico alcanzado por China. También de su tendencia a mantener sus logros a buen recaudo de los extranjeros, consecuencia de su secular aislacionismo. Además de enfocarse en el desarrollo de la agricultura y la artesanía, también se dedicó a la defensa de sus fronteras para garantizar la estabilidad interna. Así, y de forma notablemente diferente a lo que ha sido la tónica general de los imperios, China se configuró como una gran potencia sin ansias expansionistas, más allá de imponer vasallaje a los reinos de su área de influencia más inmediata. Incluso llegó a abortar abruptamente las exploraciones llevadas

a cabo en el océano Índico durante el primer tercio del siglo xv, por temor a detraer recursos necesarios para la defensa de la frontera norte.

Esta política de aislamiento del mundo exterior, si bien procuró a China grandes cuotas de desarrollo, entrañaba el enorme peligro de dejarla al margen de los grandes cambios geopolíticos y tecnológicos que tenían lugar más allá de sus fronteras. El complejo de superioridad con respecto del mundo exterior, sustentado en la autosuficiencia, se vio quebrado traumáticamente por la irrupción, a principios del siglo xix, de unas potencias europeas en pleno proceso de expansión —sobre todo Gran Bretaña— y dotadas de una tecnología de origen industrial desconocida en Pekín; además, Londres contaba con el generoso almacén de recursos que significaban las colonias americanas.⁴ Ante la negativa china a abrir su mercado interior, Londres inundó el país de opio e impuso la apertura comercial mediante la «diplomacia de las cañoneras» durante las guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860), a consecuencia de las cuales una China derrotada se vio forzada a aceptar onerosas concesiones económicas y territoriales a británicos, franceses y rusos. Fue el inicio del Siglo de la Humillación. Supuso para China padecer guerras civiles (como la rebelión Taiping de 1850-1864), perder territorio ante Japón (guerra de 1894-1895), verse sometida al reparto de su territorio en zonas de influencia controladas por potencias extranjeras, fracasar en su intento de sacudirse el yugo foráneo (levantamiento de los bóxers de 1900-1901), la caída del periclitado sistema imperial en 1912 con la consiguiente proclamación de la república, y una sucesión de guerras civiles hasta la invasión japonesa de 1932, en la que dece-

4. Algunos autores, como Kenneth Pomeranz (autor del influyente *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, 2000), opinan que la superioridad europea se debió a que podían contar con enormes reservas de carbón y de productos americanos.

nas de millones de chinos perdieron la vida. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar un nuevo conflicto civil entre nacionalistas y comunistas, que concluyó con la proclamación de la República Popular en 1949.

Este recorrido por su historia reciente nos permite entender que, desde entonces, China se ha enfocado en la reconstrucción nacional, con traumáticos avances y retrocesos —sobre todo bajo el férreo mando de Mao Tse-tung (1949-1976)—, pero con una vocación evidente de proyección internacional desde la época de Deng Xiaoping.⁵ Este giro hacia la influencia global se ha acentuado con la llegada al poder, en 2012, de Xi Jinping, el hombre que más poder ha acumulado en China en el último medio siglo, convertido en el encargado de dirigir al gigante asiático hacia la primacía mundial.

No obstante, los desafíos que enfrenta China en este aventurado camino son de proporciones colosales. Si bien el país cuenta con una historia milenaria, durante buena parte de la cual fue una de las grandes potencias mundiales e indiscutiblemente la primera en Asia, carece de experiencia expansionista o colonialista. Ciertamente, mantiene una relación de resonancias imperiales con regiones históricamente levantiscas como Tíbet y Xinjiang,⁶ pero, a diferencia de varios países europeos y Estados Unidos, no dispone de práctica gestionando estructuras coloniales o poscoloniales. Por otro lado, las

5. Deng Xiaoping (1904-1997) fue el líder supremo de la República Popular China desde 1978 hasta 1989, a pesar de que nunca ostentó el cargo de presidente del Estado. En esos años, sus cargos principales fueron viceprimer ministro (1978-1980) y presidente de la Comisión Militar Central (1981-1989), el más poderoso, ya que le otorgaba el mando supremo del Ejército Popular de Liberación. Mantuvo una gran influencia en el país hasta su fallecimiento y es reconocido como el «arquitecto de la China moderna».

6. *Xinjiang* o Sinkiang es también conocido como Turquestán Oriental o Turquestán del Este, así como Uyghurstan o Uiguristán. Estas últimas denominaciones son las utilizadas por los separatistas uigures. Denominada oficialmente «Región autónoma uigur de Sinkiang», es una de las cinco regiones autónomas de China, junto con Guangxi, Mongolia Interior, Ningxia y Tíbet.

divisiones internas en China han sido otro de los factores que cíclicamente han sumido al país en grandes crisis. Por ello, el Gobierno confía en que la doctrina política del marxismo, permeada del confucianismo clásico que busca la armonía entre gobernantes y gobernados, permita al régimen actual mantener una muy notable cohesión social interna. En este sentido, China ha aprendido la lección del error que se cometió en los últimos años de la Unión Soviética, al simultanear, a partir de 1985, la Glásnost ('apertura política') y la Perestroika ('apertura económica'), lo que aceleró la caída del comunismo y la disolución de la URSS. Por ello, el Gobierno chino no tiene ningún inconveniente, sino todo lo contrario, en implementar acciones de mejora económica de los ciudadanos, que, a la postre, redundan en el Estado, pero siempre manteniendo un férreo control político, para evitar la posible disolución de la sociedad —más compleja de lo que se podría pensar— y el auge de los nacionalismos. Baste decir que el Gobierno chino reconoce oficialmente 56 grupos étnicos. Si bien la gran mayoría de la población es de etnia han, las otras 55 minorías étnicas tienen sus propias culturas, idiomas y tradiciones. Y todavía se pueden añadir algunos grupos minoritarios no reconocidos de forma oficial.

Además, si pretende elevarse hasta la cúspide de la jerarquía de las naciones del mundo, Pekín necesita mantener una infraestructura interior y exterior que dé apoyo a la proyección internacional del país más allá de sus fronteras, algo inédito en su larga historia. También debe contar con la férrea oposición de Estados Unidos a su ascenso como primera potencia mundial, puesto que, al igual que ha ocurrido históricamente en otros contextos de sucesión de imperios, las potencias en decadencia no entregan su cetro de manera pacífica a las que quieren arrebatárselo. Por el contrario, se tornan en muy pe-

ligrosas en su afán de llevar a cabo cualquier acción, por arriesgada e incierta que sea, con tal de no perder el predominio del que hasta ese momento habían disfrutado.

En este sentido, China se muestra ante el mundo como una potencia que rehúye el militarismo, evitando en lo posible —por el momento— el enfrentamiento directo. No obstante, no hay que dejarse llevar a engaño, dado que su objetivo claro es superar a los demás rivales para erigirse como primera potencia mundial. Su propósito evidente es vencer a sus competidores, aunque preferiblemente sin necesidad de realizar un solo disparo. Xi en particular, y la clase dirigente de la República Popular en su conjunto, son plenamente conscientes de los desafíos que enfrenta China en las próximas décadas, mostrando una firme voluntad de afrontarlos.

En su camino hacia la hegemonía mundial, el poderío militar juega un papel esencial, siendo un apoyo imprescindible para la serie de medidas encaminadas a proyectar hacia el exterior el poder interno de China. Así, uno de los ejes principales de la política de Xi es la reforma de las estructuras castrenses, dirigida a contar con unas fuerzas armadas mejor organizadas, mejor gestionadas y más preparadas para el combate.

Asimismo, otro de los pilares es la proyección de los intereses comerciales y geopolíticos mediante iniciativas como la nueva Ruta de la Seda, la cual conecta China con Asia Central, Oriente Próximo y Europa, tanto por tierra como por mar. Parte de esta proyección se centra en la obtención de recursos naturales en zonas de África e Iberoamérica. El problema aquí radica en que también son codiciados por Estados Unidos y sus vasallos europeos, lo que genera un riesgo real de enfrentamiento por recursos que resultan imprescindibles para alimentar los sectores punteros de la industria más sofisticada. El desarrollo económico-comercial y de la potencia militar exige una

tecnología puntera que cuente con una potente estructura de investigación y desarrollo a la que se dediquen suficientes recursos.

Otro aspecto importante es la proyección exterior, que requiere de una gran cohesión interna que fortalezca las estructuras del país. Con esa finalidad, uno de los pilares fundamentales de la doctrina política china bajo Xi es la imposición de unas directrices ideológicas nítidas e indiscutidas, basadas en la aparente inverosímil combinación de marxismo, confucianismo y economía de mercado tutelada por el Estado. La consolidación de un liderazgo fuerte en la figura de Xi es otro de los fundamentos en los que se basa la política china de aspiraciones globales. Lo que está en línea con una tradición milenaria en la que el sistema imperial, bajo una u otra denominación, ha sido una constante desde la Antigüedad. En este mismo sentido, la implicación de manera activa del conjunto de la población en las labores de inteligencia —además del espionaje más ortodoxo— es otro de los mecanismos desplegados por China para vincular a su ciudadanía con los intereses del estado. No se puede alcanzar el grado de cohesión deseado sin purgar a los elementos perturbadores que perjudican el buen funcionamiento de la administración, engranaje que vincula a gobernantes y gobernados. Por otro lado, la lucha contra la corrupción —en ocasiones empleada como justificación para reprimir a la disidencia interna— es otro de los ejes fundamentales de la China actual.

Como primer paso en su camino hacia la conquista del mundo, China aspira a ser la dominadora incontestada de su zona inmediata de influencia, ubicada alrededor del mar de la China Meridional y el sudeste asiático, uno de los puntos calientes de la geopolítica del siglo xxi.⁷ En esta amplia región, se siente constreñida por la presen-

7. Rachman (2016), pp. 96-114.

cia de miles de tropas estadounidenses en Japón, Corea del Sur o Filipinas, lo que entorpece de alguna manera sus reclamaciones de control directo sobre varios islotes y atolones en disputa con algunos de sus vecinos. Pero China aspira también a saldar viejas deudas, cerrando heridas que considera oprobiosas para el orgullo nacional. Así como recuperó de manos europeas Hong Kong y Macao a finales del siglo pasado sin necesidad de enfrentamiento militar, Pekín aspira a recuperar la isla de Taiwán, con la que mantiene una compleja relación desde hace siglos.

La antigua Formosa —bautizada así, «hermosa», por los portugueses— vivió durante siglos ajena a China, disputándose la española y holandesa durante la primera mitad del siglo xvii.⁸ De un modo que recuerda poderosamente a la situación actual, la isla se convirtió, en 1661, en refugio de las últimas tropas fieles a la dinastía Ming (1368-1644), destronada del poder por la Qing diecisiete años atrás. Allí mantuvieron un reino hasta 1683, cuando la nueva dinastía incorporó Taiwán definitivamente a China, que pobló la isla con colonos de etnia han, dejando en minoría a la población indígena. Como resultado de la derrota ante Japón en 1895, la isla pasó a ser colonia nipona hasta 1945, cuando se reincorporó a China. Tras la victoria de los comunistas en la guerra civil de 1945-1949, los restos del bando derrotado —los nacionalistas del Kuomintang— se refugiaron en Taiwán, donde mantienen, con apoyo estadounidense, el último baluarte de la República de China proclamada en 1912. A pesar de estas idas y venidas de los últimos siglos, Taiwán es para Pekín una provincia rebelde y una cuestión existencial con la que no está dispuesto a transigir.

8. Enviadas desde Filipinas, las tropas españolas levantaron el fuerte de San Salvador en Keelung (1626), y el de Santo Domingo, en Tamsui (1628). Debido a la presión holandesa, España evacuó Formosa en 1642.

Todos estos son los desafíos y elementos principales que se concitan alrededor del proyecto chino para lograr ser la primera potencia mundial por encima de sus rivales para mediados del siglo XXI. Como vemos, es una estrategia ambiciosa, aparentemente pacífica, pero no por ello menos contundente. La República Popular China tiene una clara vocación de victoria, pero no planea alcanzarla mediante una guerra tradicional entre grandes ejércitos enfrentados en el campo de batalla, sino mediante la combinación inteligente de instrumentos, en una suerte de guerra total, sin restricciones, librada en varios frentes, oficiales y no oficiales, estatales y no estatales, lícitos e ilícitos. Así lo plantea el influyente ensayo publicado en 1999 por dos coroneles del Ejército chino, Qiao Liang y Wang Xiangsui, de amplia repercusión internacional, sobre todo en un alarmado Estados Unidos apenas consciente, cuando se publicó el libro, del rival con el que iba a enfrentarse; más adelante volveremos sobre esta obra.⁹

Como adelantábamos, basándonos en las enseñanzas de Sun Tzu, el propósito de este libro es exponer y analizar los ejes principales de la política desplegada por la República Popular China en su carrera por convertirse en la primera potencia mundial. En concreto, estudiar su actual geoestrategia, sus planes para el fortalecimiento de su aparato militar, la proyección exterior de sus intereses a través de las nuevas rutas de la seda, su activa labor de obtención de recursos naturales en África e Iberoamérica, o la reclamación histórica de la isla de Taiwán, entre otros aspectos capitales. Con ello, aspiramos a dar a conocer los elementos principales que conforman la ambiciosa política que aspira a convertir a China en la potencia hegemónica de ámbito mundial en las próximas décadas.

9. Qiao y Wang (1999), pp. 153-174.

EL ARTE DE LA GUERRA DE SUN TZU

Haciendo lo que hemos propuesto, se sabe
quién ganará y quién perderá.

Esta obra se adentra en el mundo del estratega más referenciado en el siglo XXI, el más universal. Con planteamientos todavía vigentes, Sun Tzu fue más que un general chino, fue filósofo y, a su manera, un *influencer* en terminología de hoy.

Si bien los investigadores no se ponen de acuerdo acerca de la existencia histórica del autor de *El arte de la guerra*, y tampoco hay consenso sobre su cronología —se le suele ubicar entre los siglos VII y IV a.C.—, se estima que Sun Wu —nombre verdadero de quien la posteridad ha dado en conocer como Sun Tzu— vivió a caballo entre el Período de las Primaveras y Otoños y el de los Reinos Combatientes (476-221 a.C.). Se le supone oriundo del estado de Qi, y habría entrado al servicio de Ho-lü, rey de Wu, uno de los principales reinos en que se hallaba dividida China en aquella época.¹⁰ Poco más se conoce de su biografía.

Aquéllos fueron tiempos de guerras continuas y gran fragmentación política, que dio origen a los ejércitos profesionales, y durante los cuales se potenció el desarrollo de nuevas armas. Fue entonces cuando nació la cultura del estratega.

Considerado el tratado militar más antiguo y estudiado, *El arte de la guerra* marcó el origen de un pensamiento basado en unos fundamentos estratégicos que facilitaban la victoria a quien los seguía a modo de guía. A lo largo de poco más de medio centenar de páginas y trece capítulos, Sun Tzu desgranaba los principales elementos que todo

10. Griffith (2006), pp. 17-30.

ejército debía tener en cuenta a la hora de emprender una guerra, siendo el principio más importante el de tratar de derrotar al enemigo sin necesidad de combatirlo directamente.

La aplicación de dichos principios permitió conseguir el éxito en numerosas campañas militares, hecho trascendente por la innovación que suponía poder derrotar al enemigo mediante métodos que no estaban basados exclusivamente en una predominante fuerza bruta. En la obra aparecían aspectos como el ingenio, la preparación o la inteligencia. Se mostraba y demostraba que había más formas de conseguir la victoria.

Sun Tzu enseña que la victoria no es un accidente, sino el resultado de la armonización de múltiples factores previos. Esta premisa encaja plenamente con los entornos modernos caracterizados por la volatilidad, la aceleración tecnológica y la interdependencia geopolítica. En un panorama donde la información se manipula con facilidad y profusión, los actores ya no son sólo Estados y la competencia tiene lugar tanto en el plano físico como en el digital, el cognitivo y el normativo, los principios del Maestro resultan muy prácticos.

Por otro lado, *El arte de la guerra* es más que una doctrina militar: es un estimulador del razonamiento. Su lectura invita a pensar y reflexionar, antes que a seguir estrictamente un manual rígido. Tiene más de arte interpretativo que de ciencia rigurosa. Nos aporta una interpretación contemporánea de la mentalidad suntzuniana, la que a buen seguro emplean y van a seguir utilizando los dirigentes políticos y militares chinos. Referenciado desde hace años en muy numerosos ámbitos, desde la empresa privada hasta el fútbol, ofrece una forma de actuar diferente, entendible, práctica, con propósito. Lo que hace que haya seguido muy vivo el interés por la obra hasta nuestros días.

Pero ¿realmente mantiene su vigencia o es fruto de una tendencia, moda o producto comercial? Incluso al margen de las dudas sobre su origen real y hasta de su autoría, de lo que no cabe duda es de que hablar de su legado conceptual desde una perspectiva propia del siglo XXI puede aportar una renovada visión del tratado militar más antiguo conservado. Sobre todo, nos puede proporcionar una orientación acerca de cómo emplea el actual Gobierno chino todos los recursos de su nación, y especialmente las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia, en su propósito de dominar el mundo, y conseguir consolidarse como la gran potencia mundial cuando en 2049 celebre el centenario de la creación de la República Popular China.

El Gobierno chino abiertamente ha manifestado que busca restaurar el protagonismo del país en el nuevo contexto mundial. Considera que su gran nación lo tuvo durante milenios, y que sólo lo perdió durante doscientos años, desde el inicio de la Revolución Industrial, cuando el dominio pasó a Europa y luego a Estados Unidos. Además, creen que ha llegado el momento de superar el ya citado Siglo de la Humillación. Por lo tanto, entienden que, de nuevo, su gran momento ha llegado para volver a ser el «país del centro», significado etimológico de China, sobre el que pivote el resto del planeta.

Hoy día, China ya es una verdadera potencia. Ha sabido abrir su mercado, siendo la gran referencia mundial de economía creciente. Es líder indiscutible en sectores estratégicos como la tecnología o la energía. Para hacernos una idea, China fabrica el 80 % de los paneles solares del mundo, más del 75 % de las baterías y al menos el 60 % de las piezas de las turbinas eólicas. Asimismo, produce el 55 % del acero crudo del planeta. Además, pone en funcionamiento seis centrales térmicas de carbón de última generación al mes, consideradas las más limpias ja-

más construidas. Se ha convertido en la gran fábrica del mundo; su producción actual es al menos igual que la de Estados Unidos, Japón, Alemania y Corea del Sur juntos. La participación de la manufactura china en el PIB mundial pasó del 6 % en 2000 al 30 % actual.

Martin Jacques, periodista y autor británico, de fama mundial por su conocimiento sobre China, afirma que este país no es simplemente un Estado-nación (*nation-state*) al estilo occidental, sino que se trata de un Estado-civilización (*civilization-state*), condición derivada de una continuidad cultural única que ha sobrevivido durante miles de años.¹¹

Para justificar ese enfoque de civilización, el autor se apoya en tres puntos. Por un lado, su naturaleza como Estado-civilización: ha conseguido mantenerse como una civilización relativamente unificada durante milenios, más de dos mil años, muy diferente al modelo europeo de cambios y fragmentación. Por otro, la identidad cultural y racial: más del 90 % de los chinos se identifican como integrantes del grupo han, lo que aporta una importante cohesión demográfica, una homogeneidad muy poco habitual en las grandes potencias. Y, finalmente, la relación entre Estado y sociedad: en China, el Estado tiene un papel muy distinto al que tiene en Occidente; es visto más como parte de la «familia» social, y no simplemente como una institución neutral.

La modernización china no implica occidentalización, como podríamos entender. Su modelo combina un claro enfoque hacia el mercado —comerciar para obtener beneficios y así fortalecer la economía del Estado—, pero manteniendo una tradición confuciana que sirve como aglutinador social y potencia esa identificación de

11. Martin Jacques publicó, en 2009, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, obra que actualizó en 2012 con el título *When China Rules The World: The Rise of the Middle Kingdom and the End of the Western World*.

civilización. Para entenderlo en toda su amplitud, debemos comprender que el confucianismo no es una religión en el sentido tradicional, sino un sistema ético y social diseñado para alcanzar la armonía. Está basado en las cinco virtudes (*Wu Chang*) con las que se consigue alcanzar la perfección moral que distingue a un *Junzi* (un hombre superior o ejemplar): *Ren* (benevolencia/humanidad); *Yi* (justicia/rectitud); *Li* (rito/etiqueta); *Zhi* (sabiduría), y *Xin* (integridad/fidelidad). También hace hincapié en el respeto a las relaciones, debiendo cada persona cumplir con su obligación: gobernante y súbdito; padre e hijo; marido y mujer; hermano mayor y hermano menor; entre amigos. Destaca la piedad filial, basada en el respeto absoluto a los padres y antepasados, el gobierno de la virtud, en el sentido de que un gobernante debe ser una persona proba, y el valor de la educación, como proceso de autotransformación para servir mejor a la comunidad.

De este modo, sus valores culturales milenarios han generado una identidad singular, una modernidad con características propias, que hace que el resto de los países, y en particular los europeos, miren a China con una mezcla de asombro, desconcierto y recelo, combinado con envidia... y a veces hasta con odio. No deja de ser curioso, sobre todo teniendo en cuenta que hasta no hace mucho tiempo se la observaba con desprecio, cuando no se la ignoraba.

Para conseguir el objetivo propuesto de comprender cómo la República Popular China ha transformado su concepción del poder en el siglo XXI y cómo se entiende que va a seguir dando pasos para consolidarse como la nueva gran superpotencia mundial, con la que hay que contar, y su inevitable enfrentamiento con aquella a la que pretende sustituir, Estados Unidos, vamos a realizar una triple aproximación: militar, tecnológica y geopolítica.

Ya que *El arte de la guerra* es en esencia un libro militar, la perspectiva castrense nos va a dar ese enfoque inicial en el contexto en que se escribió. En este sentido, no debemos olvidar que las doctrinas militares están cambiando a un ritmo inusitado.

Por otro lado, la guerra ya no se define ni resuelve únicamente por la superioridad numérica. La capacidad tecnológica y el dominio del espectro cognitivo y digital están revolucionando todo lo conocido, aportando otras perspectivas. Un buen ejemplo es la robotización de la guerra, con el creciente uso masivo de drones en tierra, aire y mar (en superficie y submarinos), dotados incluso de inteligencia artificial, que está transformando el ámbito bélico. Pero hay una naturaleza del conflicto que sigue intacta, en especial la relacionada con el ser humano, por lo que las enseñanzas del Maestro continúan siendo de gran utilidad práctica.

Sin duda, China también es una pieza destacada en el tablero global porque conoce las reglas de la geopolítica. Esta tercera perspectiva aclara aspectos sobre el juego de la cada vez mayor competencia con Estados Unidos, que no se limita al ámbito militar, pues también afecta al comercio, la economía, las finanzas y la tecnología, aspectos a su vez relacionados entre sí.